

Pues yo parto por amores
¡Oh flor! muy lejos de aquí,
Y en ti no he encontrado olores
Como encontré en otras flores
Que por los jardines vi,

En tu cáliz dejo preso
Un ósculo y un adiós;
Si te agobia tanto peso,
Guárdale á mi amor el beso,
Que para *ella* son los dos.



LA NOCHE Y LA INSPIRACIÓN

Á mi amigo el artista D. Julián Romea.

I

La noche, sobre el mundo desplomada,
Tendió en él de su sombra el ancho velo,
Porque su sueño no turbase osada
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara
Con tan espesa red sombra importuna,
Antes que con pavor se desvelara
Trepó al cenit la transparente luna.

A la amarilla luz con que ilumina,
Cobijase la sombra en los rincones;
Y reflejan su llama peregrina
Ríos, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño
De la virgen sonríe el labio amante,
La tierra desplegó su adusto ceño
Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,
Duerme el pastor cansado en su cabaña,
Éste tranquilo, el otro receloso
Soñando avaro la fortuna extraña

Duerme al pie de sus armas el soldado,
Duerme el mendigo tras de larga vela,
Mientras por éste vela su cuidado
Y por aquél el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,
Duerme la fiera en su morada impura,
Aquella por las ráfagas mecida,
Ésta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,
Guardan las nubes la tormenta inerme.
Todo entre sombras á la par reposa,
El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche um-
Al grato son del arpa melodiosa [bría
Ensayabas cantares algún día
Bajo el balcón de tu adorada hermosa,
Déjame que hoy en soledad delire,
Y á delirar contigo me aventure,
Que en tus brazos un hora en paz respire
Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores
En insensatos himnos juveniles,
Y el arpa tosca coroné de flores
Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,
Y con la vida en mi ilusión luchando
Orlé el mundo de falsos oropeles
Allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté: mis fábulas soñadas,
Mis delirios de amor, perdí en el viento,
Y el viento, como ramas desgajadas,
Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera
Más que la voz un poco enronquecida,
Y el velo de la negra cabellera
Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza
Y el afán de cantar mientras aliente,
Mientras gravite en la vital balanza
La vanidad del corazón demente.

Quédame aún altivo y vigoroso
De noble inspiración el fuego santo,
Quédasme tú, poeta generoso,
Para escuchar mi desmayado canto.
Tú, que vas á las tumbas de los hombres
A buscar un disfraz y una careta
Para escudar con los difuntos nombres
Tus amargas creencias de poeta.

Tú, que al abrigo de ignoradas leyes,
Con la antifaz de un muerto, en gesto bra-
Parodias los esclavos y los reyes [vo
Riéndote del rey y del esclavo.

Tú, que en la farsa del ocioso mundo
Preparando otra farsa al mundo mismo,
Le das á devorar su cieno inmundo
En formas de virtud y de heroísmo.

Quédasme tú, y la noche silenciosa
Con su turbio fanal, tocas azules;
La soledad del bosque religiosa
Con su manto de pinos y abedules.

Quédame el templo con su acorde coro,
Sus capillas, sus lámparas ó altares,
Su santa cruz, sus incensarios de oro
Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa
Que en su tablado inmenso se coloca,
Todo el teatro, en fin, sin la comparsa
Que bulle en él desenfrénada y loca.

No más la cantaré sus devaneos;
Ya se acabó mi cántico mundano,
Que me cansan sus falsos galanteos
Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta,
Expiró mi cantar, rompí mi lira;
Sólo mi lengua mis caprichos canta,
Sólo esa farsa compasión me inspira.

Puesto que un mundo me fingí tan bello
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,
Hoy por la turba impávido atropello
Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy, á la lumbre de la blanca luna
Escúchame la inspiración sublime,
Que me bulle en el ánima importuna
Y el perezoso corazón me oprime.

Porque ese cielo azul y esa ancha sombra
Que mitiga la luz que el sol enciende,
Con que la noche su palacio alfombra,
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo y silencio pavoroso
Que regala el cansancio del oído,

Y en pabellón convierte de reposo
El mundo que á sus pies yace dormido,
Son una inspiración dulce, tranquila,
Vaga, armoniosa, en que se aduerme el al-
En que el dudoso corazón vacila.... [ma,
La que habló Calderón y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos
Ni revelarla osó ningún profeta: [danos
¡Oh! Ven; que mientras duermen los mun-
Yo siento en mí la inspiración inquieta.

Óyela tú, que brota solitaria
Para ti, en tu pacífico retiro,
Como amorosa y lánguida plegaria,
Como amistoso y postrimer suspiro.

II

Pende del cenit la luna,
Reverberan las estrellas,
La vida se vierte de ellas
Porque pensar es vivir.
Vacila inquieta la mente,
El pensamiento medita,
Ociosa el alma se agita
Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña
Cristalina y mansa fuente,
Crea imágenes la mente
Que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
Una idea el pensamiento,
Y sin gozo y sin tormento
La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,
Turbulenta, revoltosa,
Un fantasma de una cosa
Que no hemos visto jamás;
Una fosfórica llama
Que nos sigue y la seguimos,
Adelante si la huímos,
Si la buscamos, detrás.

Idea que brota informe
En la languidez del alma,
Que nace y muere en la calma
Del placer ó del pesar;
Una idea que no estorba
Para ver lo que se mira,
Que nada en el alma inspira
Y en nada deja pensar

No es mujer, demonio, ni ángel,
No es esperanza ni gloria,
Pero existe en la memoria
Sin fuerza y sin voluntad;
Si el alma padece es triste,
Y si goza es lisonjera,
Y si el alma desespera,
La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,
Se revuelve y se acrecienta
De la noche amarillenta
Al silencioso rumor;
Y el susurro de una brisa,
El murmullo de una fuente,
La mantienen en la mente
Sin hacérsola mejor.

Entonces es cuando el hombre
Piensa sin saber qué piensa,
Y aborta una idea inmensa
Sin concebirla tal vez;
Entonces es cuando mira
En la tierra un hondo foso,
Y un pabellón de reposo
Del cielo en la brillantez.

La soledad y el silencio
Exhalan vaga armonía
Que en el oído no oíría,
Y atenta el alma escuchó.
Una música con formas
Que al resbalar en la mente
Nos deja lánguidamente
La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos
En blandos sueños deliran,
Y en torno al ánima giran
Ilusiones mil á mil.
El oído oye murmullo,
El olfato aspira olores
Los ojos crean colores
En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes
Con ruinas, templos y fiestas,
Y oímos coros y orquestas
Y suspirar y reír;
Sentimos ríos que corren,
Vistas áves que vuelan,
Manantiales que rielan
Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura
Sotos y villas lejanas,

Y oímos de sus campanas
El apagado doblar;
Vemos formas misteriosas
Que sonríen pasajeras,
Y lumbre de mil hogueras
Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,
Insectos, monstruos y flores
Que nos dan ricos colores,
Y movimiento que ver;
Vemos un mundo cerrado
En transparentes encajes,
Entre flotantes celajes
Cercano á desaparecer.

Y oímos dentro del pecho
El uniforme latido
Del corazón abatido
Que dentro velando está,
Como un reloj cuya péndola,
Sorda, monótona y lenta,
Los pasos del tiempo cuenta
Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre
Ni dormimos, ni velamos,
Vemos lo que no miramos,
Sentimos lo que no es.
Y á un movimiento, á un suspiro
Que olvidados exhalamos,
Todos nuestros sueños vemos
Pavesas á nuestros pies.

No es dormir y se despierta,
No es muerte y se vuelve á vida,
Y allá en la mente escondida
Se levanta una creación.
Entonces el pintor pinta,
El músico escucha y toca,
Y el poeta halla en su boca
Palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado
De fuego su pensamiento,
De fuego el osado aliento,
De fuego el habla mortal;
Hay un volcán en su lengua,
Y un volcán en su mirada,
Y cruza el mar de la nada
Con su mirada inmortal.

Entonces escribe Byron,
Entonces pinta Murillo,
Y el sol vierte escaso brillo
Para su aborto alumbrar;

Entonces Hoffman delira,
Y en torno de su ponchera
Como en torno de una hoguera
Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderón llama,
Y á su vigoroso acento,
Cielo, infierno, en un momento
Parecen delante de él.
Y paseando allí sus ojos,
Seres buscando inmortales,
Sus *Autos sacramentales*
Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,
Este alcázar de ceniza
Que el ánima diviniza
Por ser cárcel de los dos,
Mientras ella, libre, ufana,
Hija de celeste prole,
De su stirpe soberana
Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansiosa registra
Sin respetos ni barreras,
En pos de lindas quimeras
Con que hacer mundo mejor;
Y ni templos, ni palacios,
Ni presentes, ni futuros,
En la nada están seguros
De su ímpetu creador.

A su voz dejan los muertos
Sus encierros funerarios,
Envolviendo en los sudarios
Lo que queda de su ser;
Santos, criminales, niños,
Esclavos, soldados, reyes,
Sus caprichos como leyes
Se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango
Ante su origen divino,

El universo mezquino
A su noble inmensidad;
Dios es el fin de su raza,
Es la atmósfera su aliento,
Su alcázar el firmamento,
Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos
El fuego febril del alma;
Lope, Schíller, Máiquez, Talma,
Atan el mundo á sus pies.
Y entonces ¡oh actor poeta!
En tu espíritu altanero,
Ni el poeta está primero,
Ni el actor está después.

Es el teatro tu imperio,
Es el pueblo esclavo tuyo,
Tus derechos el misterio
De tu osada inspiración;
Y nosotros, los profanos,
Asombrados te rendimos
Sonoro aplauso en las manos,
Respeto en el corazón.

Y en la altivez de tu orgullo
Llegan á ti nuestras voces
Como el imbécil murmullo
Que alza un insecto al volar;
Y á tu vista somos sólo
Nosotros, un pueblo entero,
Un revoltoso hormiguero
Que va tu planta á cegar.

Entonces, magnates, reyes,
Caudillos, conquistadores,
Privados, emperadores,
Son allí menos que tú;
Y ante tus falsos disfracés
Es tierra, harapos y talco
Cuanto ostenta altivo palco
De oro, perlas y tisú.



Un recuerdo del Arlanza.

Río Arlanza, si las fuentes
Que en Burgos te dan el ser
No cegaron sus corrientes,
Y aun en ti van á verter
Sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,
Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura
Hay un pardo torreón
Que pinta en el agua pura
Su descarnada figura
Como extraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,
No te acuerdes de su nombre,
Porque á ti no se te alcanza
Con cuánto afán compra el hombre
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno
Entre flores susurrando,
Y pasas libre y sereno
Del triste que queda ajeno
En la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,
No guardas en la memoria
Los lugares que dejaste,
Que no te importa la historia
De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,
Lo que pesa un pensamiento,
No sabes cómo en el mío
Me atosiga y da tormento
Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué extraño que ignores
Su nombre y el de su gente,
Si sus escombros traidores
Desplomó sobre la frente
De sus caídos señores?

Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas
Hallas un cerro cercano
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara
Entre los juncos se pliega
Y en un remanso se para
Que de los restos se ampara
De Celada y de Pampliega;

Allí, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura;
Mírala ¡oh río! al pasar,
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo
Verás sólo un torreón,
Solitario y amarillo,
Que ayer se llamó castillo
Y hoy *el alto de Muñón*.

Ya son presa del olvido
Sus blasones y baluartes;
Mírale, Arlanza, atrevido;
Sus gentes, cuando han huído,
Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh río! en caridad,
Si de ese fantasma al pie
Una afligida beldad
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda
Las resbaladizas ondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, río, la saluda
Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!
Por respeto ó por temor
De su doliente desvío;
El llanto que vierte es mío,
Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena!
¡Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!

¡Ay de la angustiada hermosa
Por cuyos ojos deliro,
Por cuyos labios de rosa,
Por cuya risa amorosa
Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí
En la margen del Arlanza!....
¿Qué aguardas, hermosa, di,
Sin consuelo ni esperanza,
Tan acongojada aquí?

¿Por qué tus alegres horas
Vertiendo lágrimas pierdes
Sobre las ondas sonoras
Que cruzan murmuradoras
Por esas campiñas verdes?

Esas aguas, que hallan flores
En la ribera al pasar,
Por más que sobre ellas llores
Nunca tus cuitas de amores
Sabrán, niña, consolar.

Ni por más que tu amargura
En són de queja las cuentas
A la falda de esa altura,
Movidas de tu hermosura
Han de parar sus corrientes.

Porque ajenas de tu afán,
Por el valle resbalando
Indiferentes irán;
Y nunca más volverán
Aunque tú quedes llorando.

Ni pienses que has de venir
A contarme el desconuelo
En que te vieron gemir,
Que á darnos no alcanza el suelo
Más placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,
Nos dió luz, vida y calor,
Pobló el alma de ilusiones,
Mas negó á los corazones
El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,
Tantas galas y primores,
Son mentira y oropel,
Que el mundo alfombra con flores
Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen
Y corrompidas no aroman,
Los ríos furiosos crecen,
Y torrentes se desploman
Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fué,
Hoy vemos informe ruina
Por más que el grosero pie
Mirando su sombra esté
Sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento
Que levanta en el espacio
Su esqueleto ceniciento,
Demándole, niña, al viento
Si fué cárcel ó palacio.

Demándole al claro río
Que baña el valle que habitas,
Qué hizo ayer el tiempo impío
Del feudo y del poderío
De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron
Los nobles de esa Castilla,
Los castillos que vivieron,
Los planteles que tuvieron
En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio
Encubre esa cruz que riega,
Cual árbol de un cementerio,
Donde tuvo un monasterio
Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejjas
De su bizantino muro
Oyó las amargas quejas
Del rey que en su templo obscuro
Lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir
Al monarca en su abandono
Que un puñal le hizo subir
Los escalones del trono,
Y un vaso se le hizo huir.

Para escoger le llamaron
Entre morir ó reinar;
Los que ayer le coronaron,
Su venia no demandaron
El tósigo á preparar.

¡Triste Wamba! Por mancilla
La púrpura te vistieron
Esos grandes de Castilla
Que tu sepulcro tendieron
A las puertas de esa villa.

¡Río Arlanza! ¡Río Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Tan frágil es mi esperanza
Como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, río manso,
Resbalando indiferente
Hallar como tú descanso
Cuando apilas tu corriente
En escondido remanso!

Pues pasas murmurador
Bordando el campo de flores,
Arrulla, ¡Arlanza!, el dolor
De esa niña sin amores
Que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido
Quien encontró á mis cantares
El placer que no he sentido,
Que en ello gozo he fingido
Por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento
Al compás del arpa loca
Alegre y báquico acento,
Es que cierro á mi tormento
Los caminos de mi boca.

¡Río Arlanza! ¡Río Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Dila que está mi esperanza
Cabe tus ondas azules!

